

---

## LA GUERRA DE ÁFRICA.

### III.

Hemos sostenido que la guerra de África interesa á la civilizacion universal, que la guerra de África es una idea viva en toda nuestra historia. Hoy vamos á concluir recordando que la guerra de África es justa, es civilizadora, es patriótica, es providencial, es la base de nuestra restauracion en los consejos de Europa, es la ley fatal de nuestra posicion geográfica y de nuestro carácter histórico, es la fianza que debemos dar á los pueblos cuyas ideas representamos, de que tenemos fuerza bastante para sostener sus gloriosas enseñas, ánimo bastante para cumplir y realizar sus maravillosos destinos.

La guerra de África es justa. El africano ene-

migo, no deja pasar un día sin asestar sus armas contra nuestro pabellon, sin sacrificar algun hijo de la madre pátria á su insaciable sed de sangre. A todas horas las grandes fortalezas confiadas á nuestra custodia ven cruzar sobre sus inmóviles muros los fuegos de los bárbaros, que llevan por doquier la desolacion y la muerte. El pequeñuelo se amamanta allí en ódio á nuestra raza, crece oyendo maldecir de nuestra nacion; ántes pronuncia baldones contra nuestras glorias que el nombre de sus padres; apenas puede manejar las armas, ya las asesta contra nuestro pecho; vive la vida nómada de los primitivos guerreros, siempre entre las ruinas, entre el humo de los incendios; gasta sus dias mirando con ódio el pabellon español, y al espirar, reúne á sus hijos, y en la agonia les alienta para que sostengan la guerra incesante, diaria, con España; porque en España se guardan aún los campos que fueron el eden de sus mayores, los templos de su Dios, los palacios y jardines de sus reyes, las cenizas de los héroes más grandes de su raza. ¿Y es justo, es honroso que un gran pueblo se desangre así, pierda su poder, se muestre siempre flaco y envilecido, á merced de razas bárbaras, que no debian pronunciar

su nombre sino con veneracion y con respeto? La justicia que nos asiste es tan clara como la luz del dia; nuestro derecho no consiente duda. Puesto que la agresion viene de antiguo, y sus balas han taladrado mil veces el pecho de nuestros soldados, y sus piratas han infestado nuestras costas, y sus tribus han herido nuestro nombre, y sus jefes no han respetado nunca la fé de los tratados en que descansa la paz de los pueblos, justo es que España muestre á esas razas indóciles á toda persuasion, dispuestas á toda violencia, ajenas á todo derecho, incapaces de toda dignidad, con sus armas, con aquellas armas forjadas en mil combates ganados sobre los árabes, que no consiente mancha alguna en sus claros timbres; pues la magnanimidad aquí seria flaqueza, y el perdon signo seguro de incurable impotencia.

La guerra de África interesa á la humanidad. Hay épocas de vitalidad tan grande, que las razas no caben de ninguna suerte en el recinto que un dia les sirvió de hogar. La idea civilizadora es como la luz, y tiende á propagarse, á difundirse por el mundo. El español que ha conquistado á Granada, vá á América; el holandés que ha aprisionado á los mares, vá á la Océania; el inglés que se ha for-

tificado con su libertad y con su derecho, vá á la India; el francés que ha crecido entre las tempestades de sus revoluciones, vá á la Argelia; y todas las razas civilizadas que han crecido, van á llevar su idea, el alma de la civilizacion, á las razas dormidas, aletargadas en el seno de la naturaleza. Así lleva Dios el soplo de sus ideas, de gente en gente, de region en region, levantando á la vida, al derecho, á razas encorvadas bajo el peso del fatalismo. Y hoy, en que la civilizacion ha creado tanto, en que la libertad ha llevado su benéfico influjo á las razas del continente europeo, la nueva idea que se cierne sobre todos los hechos de la historia necesita nuevos espacios, y es preciso, indispensable, desbastar el África, extender por sus desiertos nuestro espíritu, modelar para el bien aquellas razas, á fin de levantar en ese país privilegiado que el Mediterráneo y el Atlántico besan, que los griegos creian fuente de su primitiva civilizacion, que la iglesia cristiana contaba entre sus países predilectos, que Alejandro eligió para fundar la ciudad que debia ser el lecho imperial del Oriente y de Europa, en aquel país hermosísimo, un santuario digno del hombre, para que deje de ser una vil generacion de esclavos.

Y esta es una cuestion tambien de patriotismo. Dios no ha separado á España del África sino por un pequeño Estrecho, que parece cantar la union de los dos continentes. Desde los tiempos del imperio romano, España formaba un solo país con una gran porcion del África. Cuando vinieron los bárbaros, juntos caimos, juntos lloramos la insaciable crueldad de Genserico. La primitiva Iglesia española se unia en sus grandes persecuciones con la primitiva Iglesia africana, y nuestros mártires eran adorados en aquel sublime altar donde San Agustin ofrecia á Dios el incienso de sus pensamientos. Nuestro suelo es parecido al suelo del África. Aquí crece el olivo; aquí el azahar perfuma los aires; aquí, entre las piedras, nace el nopal africano; aquí la orgullosa palmera, trasplantada por Abderraman el Grande, ostenta su copa oriental en los claros horizontes inundados por un sol abrasador, como el sol de los desiertos. En nuestra misma literatura se ve que el orientalismo africano es una planta espontánea, natural de nuestro suelo. Antes que vinieran los árabes, ya habia brotado el génio ardoroso del África con Luciano en Roma. Despues que los árabes se alejaron, el génio oriental, derramado en Sevilla, en

Córdoba y en Granada, inspiró, al gran poeta, al pueblo, sus romances moriscos. Las razas del Norte serán en África eternamente extranjeras; pero el hijo del desierto verá en la tez morena, en los ojos negros y centellantes del heroico soldado español, los rasgos de un hermano. Las demás razas podrán conquistar al África, como los ingleses han conquistado la India, como los franceses han conquistado la Argelia, por el estermínio, nosotros podemos conquistar el África por la asimilacion de la raza. Por eso todos nuestros grandes repúblicos han pensado en la guerra de África. Fernando III murió aprestando una escuadra; el legado que Isabel I dejó á sus hijos fué la guerra de África; Cisneros, Cárlos V, Pedro Navarro, D. Juan de Austria, todos nuestros más esforzados guerreros, nuestros más atrevidos marinos, han recogido en África las hojas más bellas de la corona de sus glorias; y en esta empresa, el génio de Portugal ha sido como nuestro génio, porque en los arenales del África murió D. Sebastian y fueron heridos sus ejércitos, para manifestar que hay un sólo espíritu y un sólo pensamiento en toda la raza ibera.

Esta guerra de Africa es necesaria para la li-

bertad de los mares. Mientras esas razas bárbaras posean puertos tan importantes en el Atlántico y en el Mediterráneo, será imposible, de toda imposibilidad, que aquellos mares no estén amenazados de continuas piraterías. Aún no están léjos los tiempos en que nuestras costas eran inseguras, en que el pirata berberisco bajaba á arrancar á nuestros campesinos y á nuestros marineros del fondo de sus cabañas. El porvenir del mundo exige que cada raza ocupe su puesto y cumpla su destino, y el puesto de centinela avanzado de la civilizacion en el África le toca al eterno guerrero que ha derramado su sangre desde Covadonga hasta Lepanto, sin darse punto de reposo y sin desmayar en su empresa, al heroico pueblo español. De otra suerte, ¿qué vá á ser de nosotros? Los pueblos que no cumplen una mision civilizadora, pronto desaparecen, pronto son esclavos de otros pueblos. El África no puede continuar como está, y de consiguiente, algun pueblo europeo se ha de posesionar de sus más importantes puertos. Entonces, colocada una gran potencia en Tánger, las puertas de España se cierran para los españoles, el Estrecho de Gibraltar viene á estar á merced de los extraños, nosotros tendremos á nuestros ene-

migos dentro de nuestros mismos mares, á la puerta de nuestro propio hogar, y no podremos respirar libremente, confiada como estará nuestra custodia á los que pueden mirar con recelo nuestro engrandecimiento. Imagínese que ese pueblo es el pueblo inglés. Pues bien: el pueblo inglés en Lisboa, en Tánger, en Gibraltar, es el dueño de nuestros destinos, y tendrá el pié puesto siempre sobre nuestra frente. Imaginaos que ese pueblo es el pueblo francés. Pues bien: el pueblo francés en Oran, en Argel, en Túnez, en Tetuan, en Tánger, nos cerca, nos oprime, amenaza las islas Baleares y nuestros puertos del Mediterráneo, y nos deja sin espacio donde extender nuestra alma, sin razas á que llevar el fuego de nuestras ideas. Estos pueblos sacarán del Norte de África los productos que hoy vienen á buscar á nuestros puertos, y nuestra agricultura, falta de mercados, se enflaquecerá y decaerá hasta el último extremo del enflaquecimiento y de la decadencia. La cuestion de África es una cuestion de vida ó muerte para nuestro porvenir, para el porvenir de esta heroica raza española, que tantos rasgos de su génio ha llevado á la historia universal.

No lo olvidemos, pues; no lo olvidemos. Nues-

tros reyes absolutos emprendieron guerras desastrosas, y apartaron la corriente de nuestra vida de su verdadero cáuce. Si aquellas guerras sangrientas y costosas sostenidas en Italia, en Flandes, en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en Portugal, hubieran sido sostenidas en África, la nacion española no hubiera bajado hasta el punto de infundir á las demás naciones la idea de que era posible su desmembramiento y reparticion entre los déspotas. Dios no ha querido que España sea la Polonia del Mediodía, porque Dios la necesita como para formar la trama de la vida europea. Para todas nuestras grandes empresas, debemos tener como preliminar nuestras victorias en África. ¿Con qué derecho iríamos á decirle á Portugal «sé nuestro hermano», si le convidáramos á comer el amargo pan de la deshonra amasado con nuestras lágrimas? ¿Con qué derecho iríamos á decir á nuestros hermanos de América que contáran con nuestro auxilio en todos sus amargos trances, si les enseñáramos herida nuestra frente, rota en las manos nuestra espada? Las naciones que quieren ser poderosas, que quieren ser grandes, necesitan mostrar sus timbres á los demás pueblos. Sólo así podrá España levantar su

voz en el consejo de las naciones; sólo así podrá cumplir los destinos á que la llama la Providencia.

En esta cuestion no hay fracciones, no hay partidos, no hay más que españoles. Amamos á la pátria que nos dá la vida, como amamos á la madre que nos dió el sér. La sangre que corre por nuestras venas es la sávia de su tierra; siempre el nombre de la pátria está impreso en el corazon, siempre fijo en la mente. Unámonos en una idea, trabajemos todos de consuno, y la raza ibera, que dutuvo las irrupciones de los pueblos bárbaros, que salvó la civilizacion europa en la Edad media, ofreciéndose en los campos de batalla como eterno holocausto, que civilizó un nuevo mundo, que dobló el cabo de las tormentas para llevar el espíritu europeo al Oriente, que hundió en Lepanto la feroz soberbia de los turcos, que llegó con la enseña de la cruz hasta Constantinopla, hasta Atenas, volverá á seguir la carrera de sus glorias, y realizará su inmortal destino.

Octubre 14 de 1859.

---

## LA GUERRA DE ÁFRICA

Y ABNEGACION DE LA DEMOCRACIA.

---

La guerra de Marruecos está ya declarada. Después de tantos años de postracion, en que España ha devorado en silencio las injurias de sus eternos enemigos, se alza transfigurada á blandir aquella temida lanza que venció á los bárbaros en Calatañazor, en las Navas, en Algeciras y en Lepanto. Ahora ya no se debe preguntar si la guerra es oportuna ó conveniente; ahora el soldado debe batirse, el artista apercibir su buril y su cincel para grabar en el espacio las glorias de la pátria, el poeta imitar á Tirteo en sus cantos, el sacerdote orar en el fondo del santuario, el escritor cortar su pluma para excitar á la pelea á nuestros soldados, el propietario ofrecer sus ahor-